

VIANELLO DE CÓRDOVA, Paola, et al., *Oratoria griega y oradores áticos del primer periodo (de fines del siglo v a inicios del siglo iv a. C.)*, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, 132 págs.

“La palabra es un poderoso soberano que, con un cuerpo pequeñísimo y completamente invisible lleva a cabo obras sumamente divinas. Puede, por ejemplo, acabar con el miedo, desterrar la aflicción, producir la alegría o intensificar la compasión”.¹ Tal fue el pensamiento de Gorgias en el *Encomio de Helena* (§ 8) en torno al *lógos*, la palabra, a la que reconoció un carácter divino por las reacciones que puede obrar en el ser humano. Esta concepción de la palabra está estrechamente relacionada con la teoría y la praxis de la retórica. En efecto, los siglos v y iv a. C. en la antigua Grecia y, en especial en Atenas, significaron el punto culminante de las posibilidades persuasivas de la palabra. ¿Qué actividad pública o qué manifestación cultural estuvieron exentas del abrazo retórico? Nada fue ajeno al quehacer de la elocuencia, ya fuera para persuadir o para demostrar verosímil o verdaderamente sobre los asuntos propiamente humanos.

Y es que desde la perspectiva antropológica más amplia, el hombre es un ser retórico. Basta con que se quiera comunicar algo

¹ Traducción de Antonio Melero Bellido, *Sofistas. Testimonios y fragmentos*, Madrid, Gredos, 1996.

PALABRAS CLAVE: Antífonte, Andócides, Gorgias, Iseo, Isócrates, Lisias, oradores áticos, oratoria griega, retórica griega.

RECEPCIÓN: 12 de julio de 2006.

ACEPTACIÓN: 4 de agosto de 2006.

para que se echen a andar los procesos de la retórica y de la oratoria. Por este simple pero a la vez trascendente hecho, es por el que, entre otros que aquí trataremos de subrayar, los estudios sobre la retórica y la oratoria son indispensables en la medida en que ofrecen un conocimiento sobre las múltiples posibilidades de la expresión humana.

Es en este marco donde queremos insertar el libro coordinado por Paola Vianello de Córdova, el cual reúne trabajos de Silvia Aquino López, Mariateresa Galaz Juárez, de la misma Paola Vianello y de Gerardo Ramírez Vidal; se trata de un libro que ofrece una panorámica específica sobre la oratoria griega y un grupo de oradores áticos, cuya actividad intelectual se desarrolló durante el s. v: Antifonte, Andócides, Lisias, Isócrates e Iseo.

Los estudios clásicos pueden ser, de modo general, de dos tipos, unos que quedan circunscritos en la filología como hermenéutica que se agota en sí misma, y otros que echan mano de las herramientas filológicas para comprender no sólo el mundo de ayer, sino, lo que a nuestro juicio es más importante, el de hoy. El libro *La oratoria griega y los oradores áticos del primer periodo* pertenece al segundo caso.

Es oportuna la distinción fundamental que plantea este libro entre, primero, el concepto de *oratoria*, no como el “arte de pronunciar discursos”, sino como “la práctica social de hablar en público” (p. 16), es decir, todos aquellos elementos que se refieren a los discursos pronunciados, y, en segundo lugar, el concepto mismo del *arte de la retórica*, surgido “de la intensa práctica de hablar en público” (p. 15) y cuyo significado específico se refiere a “la teoría y el arte del discurso persuasivo en la vida pública y política” (p. 15) en la Atenas democrática de mediados del siglo v y luego durante todo el iv.

En efecto, de entrada, Paola Vianello traza de manera breve el puente entre la tradición clásica y el mundo actual cuando señala que “la importancia que tuvo la expresión en la Grecia antigua y el papel que jugó la oratoria en la vida política y en casi todas las expresiones culturales de esa civilización” abarcan un radio de acción mucho mayor, debido al desarrollo humano que se aprecia en los adelantos tecnológicos que han revolucionado el modo de comunicación entre los hombres (p. 14). En otras palabras, aquella

retórica que nació, en los albores del siglo v, como una necesidad socioeconómica, se ha diversificado al mismo ritmo que el progreso humano y los distintos modos de interpretar al mundo. No es exagerado decir, a pesar de los juicios de Platón y de Kant, de los cuales Ramírez Vidal se ocupa de rebatir en el capítulo “Oratoria y retórica” (pp. 27-34), que la retórica en muchos sentidos es medida de la capacidad intelectual del hombre.

Y es que la expresión de la cultura griega es, prácticamente al mismo tiempo, el desarrollo y la manifestación de la palabra. Vianello esboza con claridad un recorrido de la poesía homérica hasta los siglos v y iv, donde la línea central es la caracterización de la palabra o bien “la práctica social de hablar” (p. 16), que alcanza su esplendor en el trabajo de aquellos sofistas que tenían como centro de su enseñanza el uso de la palabra y en el de los logógrafos que, como en el caso de Iseo, autor del que se ocupa Mariateresa Galaz, se especializaban en casos muy concretos de la logografía, llevados al plano de la práctica de la oratoria forense (pp. 121-129).

Otro puente entre la tradición retórica griega y el mundo actual lo ha expuesto con atinado acierto Gerardo Ramírez Vidal, cuando señala la equivocada comprensión que, en diversos ámbitos de la civilización occidental, redujo a la retórica a una cuestión figurativa o tropológica, es decir, a la simple nomenclatura de las figuras retóricas que si bien tienen un sentido en la conformación del estilo y en la composición estética, no es reductible a esta circunstancia, pues ello lleva a considerar que cuando se habla de oratoria o de retórica se cae en el terrible error de considerar al texto o discurso como mera palabrería. Dice Ramírez Vidal:

Esta creencia de que la retórica poseía un carácter puramente ornamental y objetivos amorales tuvo una amplia difusión durante la Edad Media; e incluso actualmente se utiliza muy a menudo con el mismo sentido, de modo que en nuestro pensamiento el vocablo se nos presenta como sinónimo de demagogia, palabrería, de adorno vano (p. 28).

La hostilidad hacia la retórica tuvo su origen en su desarrollo mismo, sobre todo en los comentarios de Platón, pero hay que advertir que este mismo filósofo se sirvió de elementos propios de la retórica no sólo para la expresión de su pensamiento, sino tam-

bién como un camino del mismo proceso filosófico que él propuso. Como quiera que sea, la retórica no nació ni como filosofía ni como parte de la estética, sino que su génesis técnica se originó de una necesidad concreta: defender la propiedad de la tierra; este hecho, que subraya Ramírez Vidal, fue extendiéndose hasta alcanzar un espacio propio en la educación del ciudadano ateniense (pp. 30-31). A este respecto, los sofistas jugaron un papel fundamental, junto con los rhétores y el interés enciclopédico de Aristóteles, quien no soslayó la importancia de la retórica al escribir el tratado homónimo, amén de las referencias que sobre este asunto es posible analizar en la *Poética* e, incluso, en sus tratados de lógica.

Entre los primeros sofistas que hicieron de la palabra su instrumento de reflexión y de trabajo se encuentra Antifonte, de quien se ocupa Gerardo Ramírez en la segunda parte del libro (pp. 69-79). De este modelo de intelectual del siglo v, como lo llama Ramírez Vidal, se conservan más datos sobre su vida y testimonio de sus textos que de cualquier otro sofista de la misma época. Los discursos conservados de Antifonte y las noticias sobre sus intereses filosóficos y científicos permiten afirmar que a este pensador nada de lo humano le era ajeno, y que puso al servicio de la retórica su inteligencia y su experiencia.

Y qué decir de las ideas del Estagirita vertidas en sus tratados de ética, en los que Paola Vianello ha seguido el concepto de *ethos* y ha recalcado su vínculo con la *Retórica*. En efecto, uno de los aspectos que ha ocupado el interés de Vianello de Córdoba ha sido el análisis del carácter, tanto del orador como del auditorio, y como parte de su investigación puede leerse el apartado “Oratoria y *ethos*” (pp. 35-45). El *ethos* es el carácter del que habla, lo cual define el estilo como parte constitutiva de una prueba persuasiva, pues a través del elemento ethopoiético, se representa el carácter y define al sujeto que será percibido como verosímil o no, dependiendo de la persuasión a través del *ethos* que pueda ejercer en el auditorio. Éste, a su vez, también tiene su propio *ethos*, cuyas características son objeto de análisis por parte de la retórica, pues es un nexo que conlleva la persuasión al oyente. No omite señalar la autora que a pesar de la importancia del *ethos* como prueba propia del arte, Aristóteles la colocó en un segundo término, después de las pruebas entimemáticas.

Un orador, para ser digno de crédito, debía poseer *phrónesis* (sentido práctico/prudencia), *areté* (virtud) y *eúnoia* (benevolencia). Hay que entender que estas cualidades tienen un pie en el campo de la ética y otro en el campo de la retórica. La combinación de ambos daría como resultado un orador que no sólo es capaz de alcanzar el buen éxito en su empresa persuasiva, sino que, siempre en el marco de un carácter bien delineado, sería prácticamente un paradigma, tal como luego lo concibió Quintiliano en su *Institución Oratoria*.

Un maestro en el análisis y diseño del ethos lo fue sin duda Lisias. Este logógrafo ha venido siendo examinado también por Vianello de Córdoba, de cuyo trabajo tenemos una prueba en su estudio y traducción del discurso I, *Sobre el asesinato de Eratostenes*, publicado por el Instituto de Investigaciones Filológicas; en este libro hay un acercamiento a la vida y obra de este autor, que lleva por título “Lisias: aspectos de la vida ateniense” (pp. 93-104).

El trabajo de Lisias es resultado de una mirada aguda que penetra en los individuos y su circunstancia para poder disponer de argumentos creíbles. Si bien es cierto, como apunta Vianello, que la producción de los oradores áticos es un testimonio importante de la vida ateniense en todos sus aspectos, también lo es que Lisias se distinguió por sus virtudes ethopoyéticas “que fueron reiteradamente alabadas por los críticos literarios de la Antigüedad”, en particular, sobresale el comentario de Dionisio de Halicarnaso (p. 95). Del magistral manejo ethopoyético de Lisias, Vianello ofrece como ejemplos el modo sencillo de vida seguido por los atenienses, la camaradería, los vínculos de amistad, sucesos de la vida cotidiana tales como pleitos domésticos o callejeros, calumnias y venganzas, en fin aquellas características que tanto en lo general como en lo particular conforman el *ethos* de una sociedad, un carácter que transita de la vida íntima a los linderos de la historia misma.

El análisis de Vianello de Córdoba sobre la formación y fines del *ethos* puede servir a sus lectores como contra-argumento de la crítica platónica “acerca del carácter amoral de la enseñanza sofística”, pues, como explica Ramírez Vidal, con base en el *Gorgias* de Platón, “la retórica tenía la finalidad de capacitar para hablar, con el fin de que sus discípulos [se refiere a los de Gorgias] llegaran a ser lo mejor en la sociedad de su tiempo, para bien de la ciudad y

para el suyo propio, considerando en todo caso lo justo y lo injusto" (p. 33).

Entonces, si el alumno hace un mal uso de lo que se enseña, la esencia de lo enseñado no es algo amoral en sí, antes bien, hay que comprender el lugar de cada área de enseñanza y el uso de cualquier índole que se haga. Lo mismo puede decirse de la filosofía.

Con lo anterior hemos querido poner de relieve cómo lo expuesto por Paola Vianello y Gerardo Ramírez se complementa y ofrece tanto una idea más clara sobre la calidad del orador, así como el carácter formativo de la retórica que es equivalente a otras áreas del pensamiento, como la filosofía misma.

Ahora bien, en la Atenas de las profesiones, es decir, en el ambiente de los siglos v y iv, la especialización de la palabra a través de la tradición retórica, dio paso a nuevas formas de ocupación. En este libro, Silvia Aquino López da constancia del papel del logógrafo, el profesional del discurso, el equivalente en cierta medida al abogado que litiga en el contexto del derecho anglosajón, a través de su artículo "Oratoria y logografía" (pp. 47-56), y Mariateresa Galaz Juárez analiza, en "Oratoria y derecho" (pp. 57-65), un aspecto particular de este mismo ámbito que es el de las leyes.

Logografía y derecho van de la mano. El logógrafo, como apunta Aquino López, debía conocer tanto las técnicas de persuasión, como la conformación y aplicación del derecho. Con base en estos dos principios, el logógrafo debía poseer o desarrollar atributos como "sensibilidad para sacar provecho de la psicología y de la ideología colectiva del jurado; agudo sentido de la realidad para perseguir siempre su finalidad de ganar la causa, [...] posesión del arte de la *ἡθοποιία*", entre otros que expone Silvia Aquino (p. 49). Como se puede apreciar, la logografía fue una profesión altamente especializada y redituable, tal como lo comprueban los casos de Lisias, Isócrates y Demóstenes que rehicieron el patrimonio familiar perdido por circunstancias diversas.

Se puede colegir a través de la exposición de Silvia Aquino que la labor logográfica tuvo tan floreciente desarrollo gracias a las políticas implantadas por la democracia, entre las que cabe resaltar "la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, y por lo tanto, cualquier persona víctima de una injusticia tenía derecho a la pro-

tección amplia de las leyes" (p. 50). Y a esto hay que añadir lo que Vianello señala en el primer apartado: la *isegoría* o derecho de palabra y la *parrhesía* o libertad de palabra (p. 18). Estos tres derechos básicos de la democracia ateniense permitieron que la oratoria y retórica, en tanto arte, y la logografía, en tanto profesión, se constituyeran como signo de una cultura dinámica, abierta y participativa y, para nosotros, una herencia invaluable por todo lo que significa el saber hablar como registro del saber pensar.

En efecto, este saber pensar fue también parte del legado de la retórica, tal como lo apuntó Silvia Aquino en otro capítulo de este libro que se titula "Isócrates: logógrafo y educador" (pp. 105-120). Si bien algunos logógrafos por necesidad debían conocer el derecho, hubo otros, como Isócrates, que además tuvieron una actividad especial en el ámbito de la educación. Silvia Aquino ofrece en su trabajo una apretada síntesis de los discursos judiciales conservados de Isócrates y las cualidades que a ella le han parecido más relevantes. Con esto el lector puede hacerse una idea concreta, general y precisa sobre el quehacer logográfico de Isócrates. Igualmente importante resulta advertir que Isócrates tuvo una escuela de retórica,

una especie de universidad en el sentido en que en ella se impartía una educación superior y se formaban profesores de retórica y "técnicos" de la discusión, y, en general, hombres cultos con buena capacidad de juicio que sabrían intervenir airosamente y con soltura en las controversias de la vida mundana (p. 117).

Isócrates tenía, en buena medida, una *paideia* bien definida que abogaba por una educación retórica, sin menoscabo del "logos como instrumento de la inteligencia" (p. 118) que daba herramientas útiles para la vida práctica, a diferencia de la escuela platónica que pretendía educar al hombre ideal para una sociedad igualmente ideal. Para Isócrates la mente podía adiestrarse a través de la práctica de las posibilidades que brinda la palabra, por lo que es continuador en gran medida de las ideas de los sofistas sobre la filosofía del lenguaje.

Apuntábamos ya que la logografía de suyo era una especialización del uso de la palabra. Pues bien, dentro de este mismo marco florecieron ramas todavía más específicas que iban acordes

con el interés particular de los logógrafos. Cada uno de ellos se distinguió por su particular estilo, pero también por los casos que aceptaban trabajar. Que la logografía iba de la mano con el derecho fue un rasgo esencial de la retórica judicial. Y esta idea es la que pone de manifiesto Mariateresa Galaz en su artículo “Oratoria y derecho” (pp. 57-66). La democracia como resultado de la convivencia y organización social de Atenas pudo ser posible, entre otras cosas, gracias a la observación y aplicación de las leyes. Para Mariateresa Galaz, el vínculo entre el derecho y la oratoria se halla en la persuasión en cualquiera de los tres géneros del discurso, el deliberativo, el judicial y/o el epidíctico. En los dos primeros, es donde el conocimiento de las leyes hacía del logógrafo un especialista del derecho, pues debía disponer a éste de acuerdo con los recursos retóricos a fin de ganar la causa. Como el derecho ateniense era más bien de carácter general y muchas veces se hallaba supeditado a los decretos, la interpretación del logógrafo estaba encaminada a lograr el buen éxito de la causa presentada. Esto dio pie, como explica Mariateresa Galaz, a cierta reputación negativa hacia los logógrafos, pues se les veía como poco confiables. Como quiera que haya sido el caso, lo cierto es que la ley no fue algo que se aplicara a rajatabla, sino que el tratamiento retórico era lo que a final de cuentas pesaba en la decisión de los jueces.

Ahora bien, dentro del terreno de la profesionalización del *rhétor*, Mariateresa Galaz ofrece un ejemplo a través de Iseo, un meteco avecindado en Atenas, cuyo estilo era preciso, claro, conciso, en fin, un purista del lenguaje. Pero de acuerdo con Galaz, esto no es lo más relevante, sino el hecho de que Iseo “brinda información al lector moderno, sobre todo acerca de la legislación ateniense y de ciertos estados más de hecho que de derecho” (p. 122). En otras palabras, por medio de los discursos de Iseo se puede acceder a algo cercano a la jurisprudencia ática, entendido este término como el derecho en activo y no en la mera teoría.

En efecto, Iseo se especializó en causas relacionadas con la propiedad, área de la logografía que hubo de redituarle excelente fama y reconocidos ingresos. En este sentido, los textos de Iseo constituyen una fuente seria acerca de problemas legales sobre herencia. A tal punto se reconoció desde la antigüedad la profesionalización de Iseo en este rubro que solamente se han conservado los discursos referentes a conflictos de herencias.

Pues bien, el libro aquí reseñado es un esfuerzo que denota tanto el trabajo de investigación como la concisión didáctica de los autores para ofrecer a un público amplio, conocedor o no de la oratoria y de la retórica griega clásica, fundamentos que son claves para acceder a un aprendizaje más fino sobre las cuestiones aquí expuestas. En suma, *Oratoria griega y oradores áticos del primer período* es una puerta lo suficientemente abierta y sustentada como para permitir el paso al complejo y seductor mundo de los inventores del *logos* persuasivo.

David GARCÍA PÉREZ